

y sobra para que puedan crecer y prosperar todas las leyendas imaginables.

En la mayor parte de los temas eruditos, todo depende del detective que haga la búsqueda. Es sabroso saber que de la caída de Troya y de la historia del caballo de madera, hayan nacido no sólo las rapsodias de Homero, sino muchas otras más o menos poéticas versiones. Y da gusto ver cómo le brillan a don Alfonso sus pequeños ojos preñados de buenas y malas intenciones, cuando escudriña en la olvidada trama. Pero lo mejor es esa ley general de las letras que va surgiendo al final. Es la historia general de las leyendas y los mitos. Es ver cómo se agarra la poesía de las armas para imprimirles el temblor de su propio encanto.

La lección de don Alfonso Reyes da la medida de un ambiente cultural. No creo que pueda oírse otra mejor en ningún sitio del planeta. Para nosotros tiene un doble encanto. El tema universal recibe en este caso el travieso escrutinio de un mexicano. La intención que don Alfonso pone en cada acento no es europea. No es española. Él se burla de otra manera: él conoce otras ironías; él, sin proponérselo, tal vez sin saberlo, toca y encanta las imágenes con algo que nace de la experiencia americana. Como lección académica ninguna es mejor.

Germán ARCINIEGAS.

Revista literaria *Tegucigalpa*,

—Semanario— Tegucigalpa,

Honduras, octubre de 1952.

LA OBRA POÉTICA DE ALFONSO REYES

Escribo: eso es todo.

A. R. *Ancorajes*.

Si la poesía fuera lo que quiere el sentir de grupos numerosos de personas, acaso ya habría dejado de ser considerada como una de las bellas artes. Pero la poesía no es eso. La poesía tiene que ver con el sentimiento —con el que algunos la identifican— pero no es el sentimiento; es algo mucho más complejo y, a la par mucho más sencillo que eso. La poesía es lo que los poetas hacen, pero, ¡oh gravedad de la definición, es lo que hacen, cuando hacen poesía.

Y la gente, la terrible gente, suele preguntarse con pedantesca exasperación: “¿Es esto poesía?” Dolor es, entonces tener que explicar. Porque, ¿acaso nada más el poeta sufre cuando trata de plasmar, de traducir en palabras, sus sentimientos e imaginaciones? No, el que guste de la poesía tendrá semejante padecimiento cuando trate de explicarla, sobre todo si intenta hacerlo al profano.

La preceptiva acude inoportuna y solícita. Se cuele por las palabras más ponderadas de nuestras afirmaciones y echa la zancadilla a nuestras paradojas. Y cuando acordamos, ya estamos diciendo qué es lo que debe ser la poesía antes de haber dado un solo paso para decir lo que es.

Abstengámonos, pues, de las definiciones. Huyamos de ellas. Pongamos ejemplos. Pero los ejemplos —¡ay!, los ejemplos— suscitan de nuevo la insidiosa pregunta: “¿Es eso poesía?”

Cabrá apresurarse. Romper el círculo vicioso. Confíemos en el poder del lenguaje, creamos que nos entendemos con las palabras.

(¡Pero, cómo creer en ellas! ¡Si yo iba a hablar de la poesía

de Alfonso Reyes y —apenas en el exordio— me han traicionado las palabras!)

Es posible, sin embargo, que no sean tan traidoras. Ahora que me acuerdo veo que tiene lo dicho una intención no del todo descaminada. No del todo descaminada de la ruta de Alfonso Reyes. Las palabras se rebelan. El sentimiento no es igual a la poesía. La poesía suele verse traicionada por sus agentes —las palabras. La palabra escrita es un reflejo de la palabra hablada y ésta, a su vez, no se ajusta del todo a lo pensado. A lo poéticamente concebido. A lo idealmente creado.

Ocurre otra cosa. El pensamiento también se rebela. Caso concreto: hablar de la poesía de Reyes provoca escrúpulos. Independientemente de la voluntad, la voz ha querido procurar su defensa y la ha querido defender como poesía, prejuzgando que hay quienes no la comprenden, suponiendo que hay quienes la ignoran. Otra cosa más, se la siente fruto por manera delicado (aquí el recuerdo de la “escultura de aire”), el más mínimo ademán puede ahuyentarla, y no tenerla más en las manos cuando se la quiere mostrar.

“Por el miedo de quebrarlos
quebrarás esos cristales:
lo mismo pecan las manos
por incautas o puntuales”.

Hay, además, el deseo de no equivocarse, y de ser original; y en el tecleo de la máquina brinca la risa de Salvador: “reflejo de reflejo de reflejos”, porque, ya en 1913, en juicio anónimo y certero —del vate del seudónimo— se dijo, con apariencia total, lo que había de decir. Y aunque la memoria no abunda en recuerdos, no se olvida tampoco que se trata de “un estilo hecho, como el color del agua, de su sola y líquida transparencia”. Menos se puede olvidar el traído y llevado parangón con Góngora y Mallarmé —aficiones dilectas del poeta. Y, sobre todo, que: “Alfonso Reyes nos da lo que sólo un gran humanista puede darnos: una poesía “muy anti-

gua y muy moderna”: muy sabia y hasta erudita, pero henchida y vibrante de humanidad: regocijada y sonriente como las gracias, pero —como ellas— limpia y decorosa, auténticamente helénica, y genuinamente mexicana”, como dijera Gabriel Méndez Plancarte.

Pero no es sólo lo que se ha dicho del poeta, sino lo que éste ha dicho de la Poesía, tanto más si lo ha dicho de la propia o de la de los poetas a sí mismo semejantes, lo que va poniendo barreras —obstáculos considerables— al libre discurrir sobre su poesía. ¿No sería aplicable a buena parte de su obra propia lo que en breve trazo magistral ha dicho de Juan Ramón Jiménez: “... que huye cada vez más de la rima, donde es nacido, y va hacia el ritmo. Y todavía huye del ritmo bruto, exterior, audible, “escandido”, y va hacia el interior e inefable, por la escala frágil y alta de lo que Cocteau ha llamado —al soslayo— los sustitutos contemporáneos de la rima: cosa de respiración del alma, diminutos y preciosos gestos de la memoria, tics de la parte inmortal que hay en nosotros, burbujillas de la conciencia?” ¿Y no se podría afirmar, también dentro de ciertos límites, que la poesía de Reyes “no sólo es palabra sino palabra impresa”? Yo, por lo menos, he saboreado más hondamente el manjar de su *Minuta* en la edición de A.A.M. Stols que en la más reciente de su *Obra Poética*, a pesar de que ésta también está “bien impresa”.

Para un lector habitual de la prosa de Alfonso Reyes, su poesía es otro regalo. Y es a la par que clave, perfecto complemento de la ópera omnia. No sólo es dable trazar coordinadas entre la poesía y la prosa, sino que las relaciones aparecen frecuentemente como evidencias, así se trata de la teoría, de la crítica o exégesis literaria de la afición. La teoría aparece practicada en el ejercicio de la poesía: las aficiones eruditas son aprovechadas y representadas en la poesía; la ficción no colma su encanto en los relatos y en los cuentos. Así un solo verso es capaz de condensar ideológicamente toda una serie de ensayos favoritos. La imagen del aparecido y desaparecido Indalecio nos espía detrás de algún octosílabo, que trasuma memorable niñez. Así, en los versos rumorosos a hojarasca silvestre que pronunció *En la Tumba de Juárez* está ya poéticamente condensado

el compendioso *México en una Nuez* (“yergues la estoica figura bajo la lumbre del sol”). Y aquel pedir a los poetas que: “... con valerosa palabra den eternidad a los instantes”, y ese poder para dotarlos de ella en su propia y personal poesía, ¿no corresponden a su teoría? Su teoría, por mucho, heroicamente platónica. Y la *Ifigenia Cruel*, y *Homero en Cuernavaca*...

La “sutil mayéutica” con que Alfonso Reyes supo ayudarse para no naufragar en la primera juventud, ese hacer que la literatura se saliera de los libros y nutriera a la vida (“Comentario de la *Ifigenia Cruel*”), ha hecho que la “visión de las nobles figuras familiares” no se constriña sólo a las que lo son por derecho sanguíneo, sino a las que de la posesión espiritual se derivan. Alfonso Reyes puede hablarnos de una afrodita núbil que no es la diosa sin embargo es ella; ha de poder hombrearse con Héctor y Aquiles, darnos el retrato espiritual, de Briseida, acordarse de Alarcón al hablar de Tersites y de Néstor, llamar a París “Guerrero de opereta y de chiripa”, increpar a Agamemnon y a Menelao y mofarse de la desesperada Hera ante el justo temor de la diosa de “que se acabe el poema de repente”. Puede hombrearse con los dioses y los héroes y confundir, en la interpretación poética, las nobles figuras familiares de la realidad y de la fantasía.

Así, surja la imagen del general Bernardo Reyes más allá de la mesa de la familia reunida, más allá en la memoria, en el tiempo y el espacio y levántese en la hazaña heroica de *Villa de Unión* y grite el recuerdo anciano en el romance popular de Carlos Tostado: “¡Aquí va Reyes!”, aquel “León Colorado”. Y más acá, desgárese el alma en aquel “Febrero de Caín y de Metralla”.

El amor al padre es en la obra de Alfonso Reyes, también el amor a la patria. A esa patria cuyo paisaje humano, vegetal y físico, escruta y capta, comprende y expresa desde una hora temprana en algunas poesías ya olvidadas, en valiosos ensayos históricos y críticos, y más tarde en su inolvidable y cada día más reconocida *Visión de Anáhuac*, en sus *Yerbas del Tarahumara*, en su *Golfo de México*,

poemas estos dos en los que el empleo del color local alcanza insólita belleza y honda profundidad. Y también en las romancescas evocaciones de *El Ruido y el Eco*, de *Ciudad Remota*, de *Romance de Monterrey*, de *Sol de Monterrey*, y en tantas otras composiciones y versos en los que se apresura su voz mexicana.

La incompreensión que Alfonso Reyes ha padecido por parte de muchos de sus compatriotas se debe —¡oh paradoja!— a la continuidad que dentro de nuestra historia cultural representa su obra y su persona. Reyes es, en efecto, la unión viva de nuestro pasado y de nuestro presente. La solución de continuidad que en nuestro desarrollo cultural se produce durante los años de la lucha revolucionaria armada, y de consiguiente inseguridad e inestabilidad institucional de todo orden, desliga de un tajo desagarrador nuestro presente y nuestro pasado. Mucho de lo que se hace se improvisa. En busca de lo nacional, se desecha lo más inmediato y complejo, y se da de manos a boca con lo más aparentemente simple que durante decenios estuvo mediatizado por la dictadura y aun por otras circunstancias menos deleznable. De un golpe se pierde la memoria, como si ello hubiera sido requisito para empezar a conocer de nuevo. Y en este olvido se olvida lo positivo al par que lo negativo, y las fáciles leyendas negras prosperan y se entronizan y cuando no es fácil que cubran y oscurezcan a las personas, es sencillo tomar de ellas fáciles “peros” que oponerles, y que pocos pueden detenerse a considerar. Así, la continuidad que Reyes representa —y que sólo unos cuantos pudieron apreciar apenas ahora comienza a ser reconocida públicamente. Esa continuidad no ha de entenderse como fijeza, como estar atado a ese pasado, sino como lo que ha sido, rico y fructífero devenir, acarreo de todo lo nuestro con plena conciencia y aceptación ávida de todo lo ajeno que, al incorporarse a lo nuestro, lo enriquezca. Por eso Reyes es tan antiguo y tan moderno. Tan humanista vaya tan humanista y tan poeta mexicano.

“... en el largo tranvía de regreso,
cruzaba una alameda,
palpitante de bultos enlazados,
y soñaba sin ángel de la guarda”.

Ya lo dijo Ricardo Arenales en aquella nota anónima: "optimismos risueños", "vagas melancolías", "vislumbres ideales", "palabras dispuestas con arreglo a una suprema arquitectura". Hablaba del espíritu y de la poesía de Alfonso Reyes; pudo haber hablado también de la "emoción compacta", al decir que nada sobra y nada falta y antes de agregar que en sus versos "el ritmo exterior es traspunto de las íntimas consonancias vitales". Y explicó también: "busca en los afectos recatados el estímulo de cada momento, y sabe encontrar en las sencillas cosas la virtud inmanente y tranquila que es la más alta revelación del influjo divino".

Esos epítetos con los que Arenales definió la índole de la poesía de Reyes pueden ser pauta para el examen y saboreo de la misma. Por lo demás, algunos de esos epítetos corresponden con las normas del arte poético que el autor nos descubre en su obra; normas que no han de entenderse como absolutas, como necesarias; son preceptos, pero admiten excepción.

El "optimismo risueño" es tan evidente en la mayor parte de la obra poética de Reyes, que se reconoce ésta fácilmente como la de un humorista. Un humorista que sabe distribuir propiamente el humor, un humorismo que gusta del "juego poético", del recreo, ocio o entretenimiento poéticos, que gusta de la burla y de lo sentimental, que incurre adrede en lo prosaico, cuando lo prosaico contiene ese grano de fealdad que hace a las mujeres bellas más bellas, como decía Degas —ese hombre que tenía ideas, pero no podía concluir sus sonetos (aparte de tener sus pinceles, claro está). Muchas de las poesías de *Cortesía* podrían caracterizarse de esta manera; humorismo sentimental prosaísmo poético, de decir, prosaísmo que contribuye a lograr la suerte de belleza buscada de una manera efectiva:

SÁTIRA DEL SISTEMÁTICO

Dice el bobo:

Yo quiero mirar el mundo
por aquel agujerito:

como estará más redondo,
parecerá más bonito.

"... quién sólo canta en do de pecho no sabe cantar; quien sólo trata en versos para las cosas sublimes no vive la verdadera vida de la poesía y las letras, sino que las lleva postizas como adorno para las fiestas".

Hay otros poemas en los que el humorismo se presenta más o menos constantemente vivo. En los primeros, se produce en una poesía alegre, musical y luminosa —ese aire de la poesía de Reyes se difunde aquí en colores al someterse al espectro de la sonrisa— así sucede en los delicadísimos *Angeles* (dedicado a Jean Cocteau), y en *Gaviotas*, donde el pálido rumor de la risa se tiñe por momentos de una angustia de esas que a veces convierten a la risa en mueca dolorosa. Veamos unos versos del primero:

En tiempo de mis abuelos
los ángeles con joroba
solían contar un cuento,
sabían labrar, sabían
cocinar para el convento.
Se han olvidado de todo
ahora, con tanto invento.

Esos ángeles que "como nó sirven de nada —son ahora más angélicos—, del modo que sin la rima —el verso ha de ser más verso" "son ángeles, sólo eso", de la misma manera que el poema del que se desprenden para volar a nuestra imaginación, es sólo poesía, sólo música irónica, sólo belleza.

"—Pero si quieres volar
—me decían las gaviotas—
¿qué tanto puedes pesar?
Te llevamos entre todas."

Así empieza el de las *Gaviotas*, y sigue tejiendo con la misma frágil transparencia verbal la evocación de un sueño del cual se logra respetar esa especie de falta de dimensiones físicas y morales que tienen los sueños, en los que una conciencia lúcida ve todo lo más extraño como natural, conservando apenas una remota idea de lo

diferente que eso es la fuerza de gravedad que exigen la vigilia y sus convenciones.

Las "vagas melancolías" concurren reiteradamente en poemas como *El Descastado*, *El Hombre Triste*, *San Ildefonso*, *La Elegía de Ítaca*, *Cena Primera de la Familia Dispersa*, etc.; pero las vagas melancolías pocas veces se deslizan solas, casi siempre las vigila el optimismo risueño, y a veces las ataja dando por resultado versos de honda, patética percusión. Estas melancolías, aquellos vislumbres ideales —que frecuentemente se dan solos en pequeñas y hermosas poesías, en las que abunda la obra poética de Reyes— y aquellas "paradojas de sentido un poco extravagante y un poco cruel", suelen condensarse en los sonetos (sobre todo en los de *Confidencias*) y aparecen armónicamente estructuradas en poemas como *la Cantata en la Tumba de Federico García Lorca*, *A la Memoria de Ricardo Güiraldes*, *Epicedio* (a Enrique Díez-Canedo), *Balada de los Amigos Muertos* (Díez-Canedo, Henríquez Ureña y Antonio Caso) y *Adiós* (a Enrique González Martínez), creando en todos ellos un ambiente patético que no se desprende del tema —doloroso en sí mismo, sobre todo en el caso de los poemas citados— sino que lo ilustra, lo condiciona, sin que la energía moral del poeta se doblegue ante su propio dolor, que extrae de sí mismo para contemplarlo sujetándose a una disciplina patética, de la que su voz sale más limpia para decir a los amigos ausentes la pena que lo embarga, pero que no lo domina.

"... Porque el poeta ronda tan cerca todavía
que oímos sus pisadas, y aun cabe soñar
si no vendrá de pronto, así como solía,
en torno a nuestra mesa buscando su lugar.

Su fácil cortesía nos vence, nos sujeta
y no nos da ocasión ni tiempo de llorar..."

Volvamos al principio. La poesía de Alfonso Reyes está hecha de sentimiento y de inteligencia, está hecha de emoción y de pasión, está hecha de ideas y de palabras. Es una poesía pura, y siendo simple en su expresión inmediata, siendo tan sencilla que es a veces su métrica popular, tiene una serie de consonancias interiores, de

ritmos interiores, que concuerdan no sólo con la inteligencia y el sentimiento peculiares, sino que se relacionan con sus conocimientos propios. Descubrir el sentido inmediato de un poema de Reyes es relativamente fácil, hasta se podría explicar; pero captar todos los sentidos de su poesía, de sus versos, de sus palabras, es poco menos que imposible, lo que no obsta para que se capte la belleza que expresan y aun la representan o provocan. Prescindimos pues de explicarla, confesamos que en ocasiones no la entendemos ni pretendemos entenderla: la vemos, la oímos, la imaginamos y así nos place: es una poesía cuya sensualidad, atemperada por el pensamiento que la rige, va más allá de sí misma raptando de lo concreto las figuras exactas, y agregándolas en linderos abstractos; producen a veces una apasionada lasitud que vibra y se irisa sobre la piel —al través de la oreja— para dejarse llevar luego al estremecimiento llano, que distiende lo sobrecogido, ante el natural pasmo de la belleza. La maliciosa oferta imaginativa de las palabras —su fruto redondo y colmado— su dibujo preciso y contrastado con luces y sombras, se deshace en su inmediata precisión, cuando se descubre el engaño que a pesar de todo existe: el poeta no dijo lo que quería decir, ¡qué habrá querido decir! ¿Cómo será de bello si esto lo es tanto?

"Yo tenía que decir
algo, cuando lo olvidé".

Todas las notas vibrantes, que aun impregnan el ambiente espiritual del lector, se conjugan entonces en busca de la imagen no dada, de lo no dicho, de la poesía más pura: inefable, cuyo asedio logra insinuarla y entreverla. Poesía entreverada de silencios. Dichos redondos y cabales que al acotar lo que hablan dicen lo que no dicen y dejan al oído de la mente atento aún y persiguiendo el poema fugitivo. Como el retintín del vaso —plata o cristal— que después de haber animado el aire, se apaga de plano.

—Ironía del recuerdo
que entra por donde sale:
¡lloraba sus horas muertas
y las tenía cabales!

Pero yo tenía que decir algo y a lo mejor no lo dije. Y temo que alguien diga: "¡Gárrulo Casanova que aburrías... Y guardo silencio."

Enrique GONZÁLEZ CASANOVA.

Suplemento Novedades, México,

Noviembre 9 de 1952.

México Ahora

INTRODUCCIÓN A LA POESÍA DE REYES

El que conoce bien a Alfonso Reyes, lo califica de ensayista y poeta. Así lo hace EL NACIONAL, en el "Suplemento" que publica trozos de su versión de *La Iliada* —por cierto, de equilibrada y honda inspiración. Aparece del brazo del poeta, el extraordinario hombre de letras que es Alfonso. Junto al traslado, aparece la explicación del poeta. Casi diríamos que es parte de su credo de artista. Aunque refiriéndose a un traslado, a poesía que es ajena, un pensamiento semejante domina toda su obra poética. Siempre cuida del vocablo exacto. No deja oscuro ningún concepto ni expresión alguna. Hace resaltar el valor estético de frases o de versos. No abusa de adjetivos superabundantes. Como observa, "La fidelidad ha de ser de obra y no de palabra". Obediente a su misión específica de hombre de letras, no se deja llevar de una versificación fácil. Tampoco permite aparente inspiración oropelesca. Escribe lo que le dicta su "aestrus" —mas después de un examen cuidadoso. Casi estoy por decir, de reprimirlo. No por nada es esencialmente un clásico. Por algo exclamó García Lorca: "Lo que más me impresiona de su poesía es el señorío sobre las palabras, el proceder como un señor o amo de las palabras".

Porque Alfonso Reyes es sobre todo artista literario. Lo es en poesía, lo es en la prosa. Lo mismo en un ensayo filosófico. Igual en cualquier cuento o narración. Y también en la crítica. En suma: el sentido de la arquitectura artística y de la belleza en la expresión, podemos decir que son sus musas —la frase y el conjunto.

Como observaba, Alfonso Reyes corresponde más bien al tono clásico. Es peligroso hablar de lo clásico y de lo romántico. Quizás sea un lugar común. Pero no hallo otra forma mejor para definir la obra de Reyes, en particular su poesía. Insisto, pues, en que está dentro del tono clásico. Nunca ha permitido que el fraude